

tas luchas y de tantos crímenes, que realmente causa, por lo general, tristeza el leer la historia; y que delante de los cuadros que ella presenta se avergüenza uno de ser hombre. En estos últimos tiempos se ha hablado bastante de la importancia de abstenerse de la guerra, y nadie ignora las sesiones del *congreso de la paz*. Los buenos deseos, empero, de los individuos que le componían han hecho reír á la mayor parte de los hombres pensadores y prácticos. Nosotros también creemos que el declamar simplemente acerca la conveniencia de vivir en paz es poco menos que tiempo perdido, ó como se dice vulgarmente, «predicar en desierto.»

Los hombres se constituyen en distintas sociedades ó naciones, se forman unas lenguas diferentes, y adoptan quizás religiones no iguales. Desde este instante se crean entre unos y otros antipatías; cada pueblo se persuade de que solo lo suyo es lo bueno, y condena lo del otro; nacen celos, envidias é intereses opuestos, y basta que cualquier chispa salte entre ellos para que se desunen, se aborrezcan y se declaren sangrienta guerra. Las mas de las veces los pueblos no son en esto otra cosa que los instrumentos ciegos y estúpidos de sus régulos ó tiranos, que sacrifican el propio país con pesadas contribuciones, á fin de armar ejércitos con que ir á despojar á otro soberano del suyo. Abrase por cualquier parte la historia, y no se encontrarán mas que ejemplos de tan triste verdad. ¡Ciro, Xérxes, Alejandro, Gengishan, Timur, Napoleon... hasta las repúblicas, cuyo espíritu (como muy bien demuestra Montesquieu) debe ser la paz, se han dejado dominar de la ambición. Véase á Atenas, Sparta y Roma, y véase sobre todo á los Estados-Unidos. Después de tantos siglos de experiencia y escarmientos, después de la invención de la imprenta y del vapor, en la época que se llama de la civilización, y teniendo aquella república inmensos terrenos incultos por falta de población, se agrega el estado de Téjas, compra con sangre y con oro á California, ataca alevosamente á Cuba, y apremia cruel é injustamente al Portugal con reclamaciones absurdas, quizás para que la ceda á Macao (1).

El medio positivo, y tal vez el único, de disminuir las guerras, sería el disminuir en lo posible el número de pueblos ó naciones diferentes. Cuando la actual España estaba dividida en los reinos de Leon, Castilla, Navarra, Aragon, Mallorca, etc., estos países tuvieron entre sí continuas, sangrientas y vergonzosas luchas, en las que se vió mas de una vez al hermano batirse contra el hermano ó hermana, y al hijo contra el padre, á fin de engrandecer cada uno los propios estados á costa de su deudo. Luego, para fortuna de dichos reinos, Fernando é Isabel los reunieron todos, haciendo de ellos una sola nación. Se acabaron esos odios y combates, y sus distintos habitantes se consideran actualmente como hermanos, y se aman y ayudan mutua-

mente. Ejemplos como este se hallan muchos en la historia; ejemplos que aquí no queremos indicar siquiera, por no alargar superflamente este escrito; y porque, sin necesidad de demostraciones, la sola razon natural dicta que es mas fácil ocurran diferencias de opiniones, antipatías, intereses opuestos y desavenencias entre diez ó doce, que entre dos ó tres. Así, por ejemplo, quiero suponer que la Europa entera hubiese formado una sola nación, aunque no fuese sino desde la era cristiana. Y antes de pasar adelante voy á observar que esta hipótesis no es tan disparatada como á algunos parecerá á primera vista. Toda la Europa no compone aun en el dia, que está mas poblada que nunca, sino unos 240 millones de habitantes, mientras que la China contiene por lo menos 400 (2), y existe hace siglos con perfecto orden y tranquilidad. En tiempos remotos también el territorio que compone ahora el imperio de China estuvo dividido en varios reinos, y estos reinos se hicieron entre sí la guerra á menudo, como era de esperar; pero desde que se fundieron en una sola nación, ha sido la China, como todo el mundo sabe, un país notable por su precoz industria y canalización, y por la paz constante que en él ha reinado. Ella hizo exclamar al autor del *Esíritu de las leyes*: «¡Feliz el pueblo cuya historia es fastidiosa!» Volviendo pues de la digresion, si toda la Europa, decia yo, hubiese compuesto *voluntariamente* (no hablamos de conquistas) una sola nación, ¡cuán distinta hubiera sido y sería la suerte de los que la pueblan! ¡Quién no ve que desde la era cristiana solamente se habrían dejado de dar en ella mil batallas por lo menos, que no pagarian estos desdichados habitantes la suma inmensa de unos 500 millones de pesos fuertes anuales, para satisfacer los intereses de las deudas públicas, que los distintos gobiernos de esta parte del globo se han creado *para hacerse la guerra entre sí*, así como tampoco lo que cuestan de mantener treinta ó cuarenta familias reales, grandes y pequeñas; que no habria en Europa un ejército permanente de unos 3 millones de soldados, los cuales, con las plazas fuertes, etc., absorben 400 á 500 millones de pesos fuertes al año, y una marina de mas de dos mil buques de guerra, que han costado de construcción sobre 1,000 millones de pesos fuertes, y cuya manutencion, junto con la de arsenales y demás dependencias de la marina, importa anualmente 100 y pico millones mas; que no habria tan gran número de aduanas que entorpeciesen el desarrollo de la industria y comercio, y causasen vejaciones á los viajeros, ni tampoco ejércitos de guardas con varias denominaciones para evitar el contrabando, que cuestan igualmente al pueblo sumas inmensas; ni otros ejércitos de contrabandistas, dispuestos siempre á convertirse en ladrones y revoltosos! El presupuesto de gastos de la Suiza, que por su peculiar posición geográfica y la forma de su gobierno no mantiene escuadra ni otras tropas